

INSTITUTO CARO Y CUERVO
SEMINARIO ANDRÉS BELLO
MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

LA MATERIALIZACIÓN DEL DESEO

MIGUEL ÁNGEL GARCÍA PASCUA

BOGOTÁ D.C.

2020

INSTITUTO CARO Y CUERVO

**SEMINARIO ANDRÉS BELLO
MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA**

LA MATERIALIZACIÓN DEL DESEO

MIGUEL ÁNGEL GARCÍA PASCUA

Trabajo de grado para optar por el título de

Magíster en Escritura Creativa

GLORIA SUSANA ESQUIVEL

BOGOTÁ D.C.

2020

DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

AUTOR O AUTORES

Apellidos	Nombres
GARCÍA PASCUA	MIGUEL ÁNGEL

DIRECTOR (ES)

Apellidos	Nombres
ESQUIVEL	GLORIA SUSANA

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: Magíster En Escritura Creativa

TÍTULO DEL TRABAJO: La materialización del deseo.

SUBTÍTULO DEL TRABAJO:

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en Escritura Creativa

CIUDAD: BOGOTÁ AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO: 2020

NÚMERO DE PÁGINAS: 39

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones Mapas Retratos Tablas, gráficos y diagramas Planos Láminas Fotografías

MATERIAL ANEXO (Vídeo, audio, multimedia):

Duración del audiovisual: _____ Minutos.

Número de casetes de vídeo: _____ Formato: $\frac{3}{4}$ Mini DV DV Cam DVC Pro Vídeo 8

Hi 8 Otro. Cual? _____

Sistema: Americano NTSC _____ Europeo PAL _____ SECAM _____

Número de casetes de audio: _____

Número de archivos dentro del CD (En caso de incluirse un CD-ROM diferente al trabajo de grado: _____)

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial):

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES: Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. *(En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar a la dirección de biblioteca en el correo electrónico biblioteca@caroycuervo.gov.co):*

ESPAÑOL	INGLÉS
Homosexualidad	Homosexuality
Infancia	Childhood
Adolescencia	Adolescence
Deseo	Desire
Madre	Mother

RESUMEN DEL CONTENIDO Español (máximo 250 palabras):

Los cuentos que están incluidos en este proyecto se basan en la exploración del despertar sexual desde los ojos de un niño al que le gustan los hombres, pero que aún no es consciente de lo que socialmente esto implica. Un niño que está creciendo en el llano colombiano, es decir, un ambiente machista, hipermasculinizado y homofóbico.

Los intereses académicos e intelectuales para la escritura de estos cuentos se centran en referentes como Agota Kristof y Herta Müller que se caracterizan por encontrar un lenguaje en medio de la censura y del exilio. En el caso de estos relatos, el niño y el adolescente han sido reprimidos por su orientación sexual y buscan otras formas de expresar su amor y su deseo.

RESUMEN DEL CONTENIDO Inglés (máximo 250 palabras):

The stories included in this project are based in the exposition of the sexual awakening from the perspective of a child attracted to man but yet not conscious of what this implies socially. A boy growing in the Colombian plains which is a misogynistic, very “manly” and homophobic place.

The academic and intellectual foundations behind this project lie in Agota Kristof and Herta Müller work which is known for finding a voice amidst censorship and exile. In these stories, the kid and teenager have been repressed by their sexual orientation and the find other ways to express their love and desire.

TABLA DE CONTENIDO

La materialización del deseo	6
Madremonte.....	10
Cantos de ordeño	11
La casa de la abuela	13
Botas de duende.....	15
Diccionario sexual	18
El paseo.....	20
Golpe en la boca	22
Beso de madera.....	24
El compañero de cuarto	26
A escondidas.....	28
La paja de anoche	30
Refugio de madera.....	32
Con agua de río.....	34
Madremonte.....	36
Bibliografía.....	39

La materialización del deseo

Ni el niño ni el adolescente que protagonizan estas historias tienen claros sus gustos sexuales. No saben qué terreno están pisando al intentar seducir al jinete o a su mejor amigo, pero tienen claro que hacen lo que su deseo les pide. Estos personajes se dejan llevar por el hormigueo en su piel y no dan paso atrás cuando su cuerpo tiembla de miedo y se llena de placer. El niño, aborrecido por su abuela, sabe que en las esquinas más escondidas de su casa se puede divertir. Sabe que debajo de las camas, sobre el piso polvoriento, puede descubrir sensaciones eróticas junto a sus primos.

El mundo alrededor de este niño habla directo y sin rodeos. Por eso, en su cabeza no existen metáforas, ni lenguaje velado para hablar de sexo. Él sabe lo que quiere ver, sentir, oler y tocar. Su instinto le pide tener cerca a un hombre desnudo y hacer lo que su cuerpo desea.

Es difícil escribir a través de los ojos de un niño. Él ve el mundo con unos ojos que ya no es posible recordar, se queda en un punto de la realidad las veces que quiere y lo desecha cuando menos se espera. Conoce a sus monstruos en el armario, a veces los enfrenta otras en cambio aprende a vivir con ellos. El niño puede disfrutar de su soledad porque sus pensamientos aún no intentan destruirlo. En la película *Dolor y gloria* de Pedro Almodóvar, a Salvador, el niño, lo golpea de frente su primer deseo y lo marca para siempre. ¿Qué pasó en la mente Salvador cuando vio el cuerpo desnudo del albañil mientras se sacudía el pelo mojado y se secaba bajo el sol? ¿Qué superpuso esa fiebre alucinante frente a sus ojos de seis años? Él no olvidó esa imagen, como el niño de estos cuentos no olvidará el golpe en el pecho de un corazón a punto de estallar por la excitación.

El protagonista de estos relatos puede esconderse detrás de una cortina sin sentirse descubierto pero, con el correr del tiempo, comenzará a sentir miedo de ser atrapado. Los niños tienen la ventaja de realizar acciones delante de los adultos y pasar desapercibidos. Los adultos, al creer que el niño es un ingenuo que no ve el mundo que lo rodea, lo convierten en espectador de sus deseos. En este caso, los adultos que rodean al niño rompen con la frontera entre lo íntimo y lo público. Para ellos, el niño es como un florero lleno de polvo, olvidado en la esquina de una habitación. Ellos creen que inocencia es igual a ceguera. Por esta razón, él y sus primos saben y han visto cosas que un niño aún no debería haber visto.

El primer deseo del niño de estos cuentos es el cuerpo masculino. Un cuerpo grande, tostado por el sol, que el trabajo diario en el campo se ha encargado de esculpir. Los relatos ocurren en los Llanos Orientales, tierra ganadera, con altas temperaturas. Para él ir al río con la familia significa ver hombres de todas las edades en pantalonetas muy cortas, con sus panzas al aire y sin miedo a mostrar los pelos de sus pechos. El niño protagonista realiza juegos de contacto con hombres y allí toca sus pieles húmedas y espía a través de la transparencia de la ropa mojada. Por otro lado, el adolescente protagonista de los relatos se centra en las fabulaciones. Vive inmerso en la fantasía y escribe sobre lo que no pudo ver, oler ni tocar. Es su mente la que completa la historia de los encuentros eróticos y la desarrolla con anhelo y valentía.

Los intereses al momento de abordar y desarrollar los temas de estos cuentos han sido influenciados por las clases de la maestría en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo. Mis principales referentes son escritoras como Agota Kristof, con su libro *El gran cuaderno*, y Herta Müller, con *En tierras bajas*. Estos libros se caracterizan por encontrar un lenguaje en medio de la censura y del exilio. En el caso de estos relatos, el niño y el adolescente han sido

reprimidos por su orientación sexual y buscan otras formas de expresar su amor y su deseo en mitad del Llano colombiano.

Otras autoras como Juliana Restrepo, Andrea Mejía y Naty Menstrual me ayudaron a encontrar la forma de estos relatos. Algunas de las historias de estas escritoras se caracterizan por ser fragmentarias y centrarse en escenas cotidianas. Mi propósito era narrar instantes en la vida del niño y del adolescente que le dieran forma a su deseo.

En estos cuentos no se trata el tema de la adultez, pues no estaba interesado en narrar experiencias de un hombre gay que vive en la ciudad. Me interesaba, en cambio, narrar el deseo erótico de este niño, sus fantasías y su intimidad. Saber qué le erizaba la piel, por qué le temblaban sus piernas y conocer el motivo que le llevaba a enmudecer cuando el deseo estaba tan cerca de él.

La sexualidad ha sido un tema transversal a mi escritura. En este caso, me interesaba abordarla desde la experiencia de crecer en los Llanos Orientales: un ambiente machista, hipermasculinizado y en el que ser marica es igual a ser un bufón. Un ambiente en donde el miedo no le permitiría a ese niño o a ese adolescente expresar con libertad lo que desea.

Desde que afloró en mí el deseo de participar en talleres de escritura creativa, siempre se mantuvo en mi mente el anhelo de aprender más y ahondar en el mundo de la ficción. Al inicio de este proyecto solo había un montón de cuentos que parecían no tener relación. Unos hablaban de un papá ausente, otros de mujeres trans que recordaban su niñez y otros en donde el sexo predominaba. Estos últimos, tenían en común que el lenguaje para hablar del erotismo era directo y no había pudor ni vergüenza.

Tengo claro que este proyecto no termina aquí. Hay más historias que se sumarán hasta crear un universo que trate otros temas que cuestionan a estos protagonistas.

Madremonte

“Angustia tengo por ti, hermano mío Jonatán, que me fuiste muy dulce: Más maravilloso me fue tu amor, que el amor de las mujeres.” 2 Samuel 1,26

Cantos de ordeño

Mamá ya no tiene dinero para comprarme comida ni zapatos. Anoche la abuela le gritó sucia marrana porque no me había cambiado la ropa desde el domingo. Mi camisa ya está tiesa por la aguapanela que se me cae de la boca, y unos mosquitos muy pequeños han comenzado a rondar mis párpados y mis labios. Voy a trabajar, amor, mientras tú juegas con las vacas, me dice.

Al llegar a la entrada de la finca nos recibe una señora que huele a humo y tiene el cabello gris como el carbón, se seca las manos con su delantal y saluda a mamá. El chiquillo puede ayudarme en la cocina, dice. Sin dejarla de ver le digo mi nombre. Qué pequeñín más educado, dice. Mi madre respira hondo y le crece el pecho.

Mi madre se coloca un delantal que le queda grande y está lleno de rotos. Sostiene una risa que le pesa. Saluda a un señor más viejo y nos metemos en la cocina. Las paredes son de madera, la estufa de barro y, en mitad del techo, hay una bolsa de agua llena de mierda de moscas que refleja un arcoíris sobre mi cara. Mamá me agarra del hombro y me dice:

—Ve a jugar con los animales.

Y salgo corriendo de esa cocina ahogado y con el cabello lleno de ceniza. Camino sin saber a dónde voy y escucho que alguien canta, da alaridos al aire, como si sobre esta tierra no existiera nadie más. Le canta sin afán al pasto y al río, al sol, al amanecer y al caballo. Y a lo lejos veo a una señora ordeñando a una vaca detrás de una cerca. Es ella la que canta. Le pregunto:

—¿A quién le canta?

—A la vaca.

—¿Para qué le canta a una vaca?

—Para que se tranquilice y suelte mejor la leche.

Reanuda sus gritos desafinados de cara a la ubre, mientras agarra con firmeza cada tetilla y la estira para que un chorro de leche tibia salga disparado sobre un balde. En ese momento se acerca un caballo que intenta tumbar a su jinete. Lleve al niño a conocer el río, le grita la señora. Él suda, tiene la cara y los brazos llenos de polvo, y escupe al suelo cada vez que cae sudor sobre sus labios. Sin decir nada, me agarra del brazo, me levanta y me ubica atrás, sobre un caballo que está húmedo por el sudor y caliente por el sol. Me amarro a su cintura.

Al llegar al río, el caballo brinca sobre las piedras calientes y se hunde en la arena mojada. Nos bajamos cerca a la orilla y, sin inmutarse, se desnuda para meterse al agua. Yo me acurruco, miro al jinete, su espalda morena y sus nalgas blancas, miro su cabello liso y los vellos de sus axilas, miro su pene peludo y pienso en las tetillas de la vaca. Miro cómo se lanza al agua y cómo el río lame su sudor.

Estiro mis piernas y me sostengo por detrás con mis brazos. Sin dejar de verlo empiezo a cantarle a las aguas que lo bañan, a las piedras que oprimen sus pies, a los peces que rozan sus muslos, al aire que seca su pecho y a su voz que me invita a sumergirme con él.

La casa de la abuela

Mamá se agacha a mi altura para subirme el pantalón. Yo me sostengo de su hombro grasoso y me resbalo; me agarro de su pelo grasoso y me avienta de un grito. Plancha una camisa que nunca he visto, pisa los cuadros de la tela con un pedazo de lata que coloca sobre el fuego. Luego coloca su cara sobre el fuego, estira sus arrugas y sigue planchando la camisa. Me la coloca, la abotona y la mete dentro del pantalón que ajusta con un hilo dorado. Su cara está caliente y me quema las manos.

De camino a casa de la abuela le digo que no me gusta ir a visitarla. Eso no me importa, dice. Ella solo sirve sopas con fideos. Eso no me importa, repite. Sus loros me muerden las manos y me quieren sacar los ojos. Esos son cuentos, dice.

El pantalón se me arrastra y el agua del piso se me sube por la pierna. Ya no soy tuyo, le pertenezco al suelo. Entonces me zarandea todo el cuerpo y su cara roja me dice que papá vendrá a buscarme. Sus dedos fríos sobre mis hombros son pálidos. Parecen salchichas crudas, llenas de cortadas y huecos.

La entrada a la casa de la abuela es por detrás para que nadie nos vea, para que nadie se entere. La puerta principal, dice mi abuela, es para espiar quién entra en las casas de los vecinos, maldecir a los niños que pasan jugando y tirarle agua fría a los perros.

Ella no me mira, solo revuelve sus fideos con huesos de pollo. Mi mamá no dice nada, me deja ahí en mitad de una cocina gris y se va. Sin dejar de ver la olla, la abuela me pasa un pocillo sin oreja y sin bordes lleno de algo tibio, lo bebo y no respiro. Lo paso sin saborear.

Tú no eres hijo de mi hijo. No me llames abuela. No acaricies a mi perro. Jamás entrarás por la puerta principal, me dice. Esa puerta es para los hijos que no vuelven, los maridos que no resucitan, y para sacar a patadas a las zorras que se aprovechan de mis hijos como tu madre.

Corro por esa casa llena de habitaciones y busco a mis primos dentro de los armarios, entre las cortinas, encima del techo, hasta que los encuentro debajo de la cama de mi abuela. Que entre, que me arrastre, me dice el mayor. El piso está frío y nos mantiene frescos. Nos juntamos y me abraza por detrás. Siento un punzón en mis nalgas. Mi primo huele igual que el hocico del perro después de terminarse la sopa de la abuela. Me aprieta y se restriega con más fuerza. Se siente rico. Esto lo hace papá, ahora hazlo tú, me dice susurrando para que la abuela no nos encuentre.

Él se gira hasta darme la espalda y se baja su pantaloncito amarillo. Me acerco y me muevo como lo hacen los perritos cuando se pegan. Levanta más la cola y me pregunta si se siente rico. No siento nada, solo las miradas de emoción de mis otros primos. Sí, se siente rico, le digo.

Escuchamos el chancleteo de la abuela que se acerca sin decir nada. Mis primos se acomodan, se visten y salen gritando: yo te encontré primero. No, fui yo, y volvemos a contar hasta diez para volvernos a encontrar debajo de la cama.

Botas de duende

Mami, ya no quiero dormir con las gallinas. El pasto que le dan de comer a las vacas me pica el cuerpo cuando me acuesto. Las hormigas me quieren comer la cara. Esta noche dormiremos en una casa de verdad, me dice entusiasmada, recoja las cobijas y las llevamos, tenemos que adornarla.

En el camino recojo piedras de colores. Flores. Plumas. Telas que pueden servir de cortinas. Vasijas para las flores y la cocina. Juguetes. Hasta encuentro ropa que le puede quedar a mamá. Los dueños de la finca muy amablemente nos van a prestar este lugar mientras trabajamos para ellos, me dice mamá de camino a la nueva casa.

Cruzamos un puente de tablas, saltamos charquitos, espantamos moscas y yo recogí renacuajos con las vasijas. Mis mascotas, mamá, le digo. Ella se ríe. Cuando llegamos, mi mamá abrió el candado que une las dos puntas de una cadena. Empuja la puerta de lata y entramos. Yo estoy feliz, brinco por todo el lugar. No saltes tan fuerte, me dice mamá, por debajo pasa el río. Me emociono aún más. Por debajo de mi casa pasa un río, pasan peces, nadan sapos. Me asomo por una pequeña ventana y veo, afuera, el agua arrastrarse por debajo de la casa como si flotáramos. Hay muchas hierbas en la orilla y peces que no se dejan llevar por la corriente.

Mami, quiero un pato para que nade alrededor de la casa. Quiero también gallinas y perros, le digo, mientras acomodo las cosas que recogí en el camino. Las piedras las coloco en el borde de la ventana. Las plumas las amarro a una cuerda que cae del techo y las flores las dejo en la entrada. El jinete puede hacernos unas sillas y una mesa y las pondríamos aquí. Mami, la cama, ¿dónde la vamos a colocar? Ella sin dejar de prestarme atención, se dirige al

fogón, mete unas ramas secas, un pedazo de bolsa plástica y le prende fuego. ¿Quieres aguapanela antes de dormir?, me pregunta y, entusiasmado, me siento en el suelo a la espera de que la olleta comience a hervir.

Saca esos sapos de aquí y lávate las manos en el río, me dice, mientras sopla la espuma de la aguapanela para que no se riegue. Salgo y a la orilla del río cavo un hueco, lo lleno de agua y arrojé los renacuajos. Este será su nuevo hogar, les digo, cuando crezcan podremos brincar por toda la finca.

Dormimos sobre cartón cubierto con lonas. La cama huele a maíz recién pelado. Dormimos sin sábanas porque la noche está fresca. Estoy acostado boca abajo y soplo fuerte para que el polvo en el suelo vuele y se refleje en la luz de la luna que se mete como humo entre las tablas de madera que sostienen la casa. Mamá, a mi lado, respira profundo y me imagino en la mañana jugando con los renacuajos a que salten del agua y den vueltas en el aire.

Comienzo a escuchar que algo revuelve el río como si quisiera salir del agua. Un monstruo. Un pez con patas enormes. Un pirata en busca de tesoros. ¡Hay tesoros en la finca! Pero comienzo a escuchar muchos pasos que chillan como pedos. También escucho metal que choca contra metal. Monedas de oro, pienso. Las pisadas parten el pasto por la mitad. Marcan la tierra que más temprano barrí. Ahora, algo levanta la taza del lavadero y toma agua. Se me reseca la boca y siento sed.

Me arrastro muy despacio para ver entre el hueco que dejan la tablas de la pared y veo muchas botas negras caminando hacia el potrero. Brincan, caminan, se detienen y vuelven a

caminar. Un par de botas atrás comienza a patear piedras, materas, mis juguetes y mis renacuajos. Antes de ponerme a llorar, mi mamá me abraza fuerte desde atrás, me sujeta los brazos con los suyos y me tapa la boca.

Solo se escucha su corazón y el mío a destiempo, como si fuera el sonido que hacen las cuerdas más gruesas del arpa. Un contrapunteo del que yo no iba a salir victorioso. Todas las botas afuera se detienen a la vez. Escucho varios shhh que piden silencio, hacen retumbar mi pecho y mi cabeza. Mis oídos van a explotar. Los pasos se escuchan más y más cerca, hasta que un silbido los hace continuar su camino.

Mi mamá, despacio, comienza a aflojarme los brazos, a soltarme la boca, y respiramos profundo. No te preocupes, hijo, son los duendes que salen del agua a esconder tesoros en la finca y los potreros. Cuando los escuches haz mucho silencio para que no los asustes, me dijo, con los ojos jugados de lágrimas. Mañanan saldré a buscar esos tesoros, ma. Ojalá no los encuentres, dijo mientras me abrazaba fuerte.

Diccionario sexual

En la casa de mi primo juego con sus carros, sus pistas de carreras, su rompecabezas que es más grande que yo y sus cometas. En la noche vemos televisión con su papá acostados en la cama, mi primo y yo a lado y lado de él. Un hombre mayor, de barba y bigote, que aún siendo el final del día huele a perfume. No me importa qué vemos en la televisión. Siempre pasa sus brazos por debajo de nuestras cabezas y comienza a sobarnos el cabello. Así puede estar horas y mi cuerpo se pone duro. No quiero dejar de sentir sus dedos entre mi pelo. Todo mi cuerpo hormiguea. Me suben cosquillas por la espalda que me llegan hasta la nuca. Él es un señor de pecho velludo. Lo sé porque lo he visto salir en toalla de la ducha.

En el día están mi mamá y mi tía. Parece que quieren salir sin nosotros. Parecen dudar un rato. Se ríen, titubean, hasta que deciden irse. Niños, volvemos en un rato, juiciosos, dice mi tía que promete traernos dulces. Mi primo apenas escucha que la puerta se cierra y, al confirmar que estamos solos, corre a la biblioteca y saca un libro muy grande, grueso y viejo. Me llama y me dice que lo mire, casi susurrando y con una sonrisa de vergüenza en la cara.

Miro el libro y me estrello con la foto real de un pene erecto y velludo del que salen muchas líneas con nombres que medio leo. Mi mirada se enfoca en la punta, los testículos y en la manera en que se recoge el prepucio debajo del glande y lo deja todo al descubierto. De inmediato mi pene se pone duro, igual que cuando el esposo de mi tía me acaricia la cabeza. El pene de mi primo también se pone duro. Es la primera vez que veo a un hombre desnudo y encajo la imagen del pene erecto debajo de los pantalones del papá de mi primo. Mi primo me toca, me soba y yo le hago lo mismo a él.

Nos subimos a la cama y nos acostamos boca abajo para seguir viendo las imágenes del libro. Hay penes flácidos con muchos tubos de colores, fotos de hombres muy masculinos que me hacen sobar el pene contra la cama. Mi primo, sin decirme nada, se sube a mi espalda y empieza a sobarse contra mis nalgas. Él también está duro, se lo siento. Luego jugamos a la lucha. Forcejamos, nos restregamos, nos metemos debajo de las cobijas para sacarnos el pene duro y seguir sobándonos en cualquier parte del cuerpo.

Desde lejos escuchamos el ruido brillante de las bolsas plásticas que mi mamá y mi tía están dejando en el piso. El tintineo de un manajo de llaves. Y el golpe fuerte del candado que le da permiso a la llave para abrir la puerta. A mi primo ni lo veo correr, pero deja el libro a salvo de nuevo en la biblioteca. Yo me termino de vestir y me acomodo debajo de las cobijas. Muy bonito, jugando en la cama de su tía, dice mi mamá, intentando llamarnos la atención. Las dos entran al cuarto, se tiran en la cama a mi lado y abren una bolsa con dulces. Mi primo se une y también se mete debajo de las sábanas.

Espero ansioso a que llegue la noche para acostarme junto al papá de mi primo, oler de cerca la mezcla de sudor y perfume que siempre despide y dejarme acariciar el pelo toda la noche. Sé que mi primo desea lo mismo.

El paseo

La señora que huele a humo se llama doña Geo. Ella me da las papas para que las lave, los ajos para que los machuque y me acaba de dar una gallina para que la mate. Eres un hombre, máatala, me dice. La agarro de las patas juntas y la levanto boca abajo. Aletea, pero ya está cansada, cacarea, casi grita, me mira y recuerdo que horas antes jugué a corretearla. Jálale el cuello, me dice, hasta que sientas que se desencaja.

La acomodo bajo mi brazo izquierdo, presiono sus alas para que no las abra, y con la mano derecha sostengo su cuello, como vi que él lo hizo una vez. Es delgado, palpitante y tibio. De su pico ya cae baba. Su corazón y el mío laten al tiempo. Ya no tengo aire en los pulmones y estiro mi mano. Estiro su cuello. Se estiran mis pálpitos. La dejo caer al suelo. Ella brinca, aletea de un lado a otro con el cuello partido hacia la izquierda. La cocina se llena de polvo y doña Geo corre a levantarla. Muy bien, papito, me dice entusiasmada, ésta es para el sancocho en el río. Vaya y alístese que salimos en un rato.

Miro mis manos y las huelo. Huelen a tierra, a sudor y a sangre, aunque parecen estar limpias. Corro a lavármelas. Mi mamá me grita que me coloque la pantaloneta vieja, la de los rotos, para que no dañe más ropa. Desde lejos veo al jinete acomodar ollas, subir plátanos y ruego al santo que está en la cocina para que él venga con nosotros.

Doña Geo le da las llaves de la camioneta para que él la maneje y, ya dentro del camión, me hace señas para que me siente de copiloto junto a él. Suda, aunque todavía no es medio día. Huele amargo sin haber arreado el ganado.

En el río buscamos un lugar con sombra, acomodamos piedras para el fogón y salimos a buscar leña. Yo voy al lado del jinete. Lo veo levantar troncos pesados y abrirlos por la

mitad de un golpe. Lo veo encender el fuego. Lo veo quitarse la camisa, acurrucado, con su cuerpo inundado por ríos de sudor. De un solo impulso me cuelgo de su cuello y me río y le digo que vayamos a jugar al agua. Siento la tibieza de su espalda, su sudor pegado a mis piernas que cae hacia mis pies, el olor a leña que ahora hace parte de su pelo.

Hoy las aguas del río son grises. Mamá dice que es por la lluvia. Doña Geo dice que es por los excavadores de piedra y arena que revuelven el agua. Yo digo que es la naturaleza celosa que quiere ocultar el cuerpo del jinete para que nadie más lo pueda ver. Ni yo. Pero sí lo puedo ver cambiándose entre los matorrales. Me acerco para quitarme la pantaloneta. Acá no, no estamos solos, me dice.

De un solo tirón me sube a su espalda, me pego todo a él y me lleva hasta el río. Hazle caso, hijo, me dice mi madre, no te alejes de la orilla, más rato los llamo para almorzar. El agua está tan fría que me sacude todo el cuerpo. El jinete me salpica la cara y yo con las dos manos intento mojarlo. Juego a que las piedras son barcos y las hormigas que salen de la arena son piratas que debo vencer. Las ahogo a todas.

Hace frío, los músculos se me paralizan y los dientes se me sacuden como maracas. Me quiero secar. Veo que el jinete mira al cielo desde la orilla y, buscando un poco de calor, me siento a su lado, lo abrazo y miro hacia arriba también.

El cielo es amarillo, le digo. Ahora es rosado. Mira, es rojo como el carbón que enciende doña Geo. Se está apagando y nos hará desaparecer con él, le insisto, quiero soplarlo para que vuelen libres las cenizas. Hay que echarle un poquito de agua de río para que se termine de apagar, me dice él sin que yo pueda verlo en la oscuridad.

Golpe en la boca

Una vez la vecina llegó a decirle a mi mamá que había visto a papá con otra y esa noche mi mamá le reclamó. Borracho, la agarraba del pelo, le golpeaba la cara y la tiraba al piso. —Yo puedo tener las viejas que quiera— decía.

—Corra y traiga a su abuela para que se calme— me pidió mamá con la boca ensangrentada.

—Abuela, papá va a matar a mamá.

—Bien merecido se lo tiene. Usted no es nieto mío.

A veces me cuidaba mi tío en la casa cuando mamá salía a trabajar. El calor que guardaban la tejas de zinc hacía que siempre andara sin camisa y con una pantaloneta muy corta y casi transparente. Me gustaba estar cerca de él. Mirar su cuerpo marcado por el trabajo. Intentar contar los vellos en su pecho. Dibujar con mis ojos el contorno de sus tetillas rosadas.

—Este hijueputa calor nos va a matar— decía, y yo me ponía en modo alerta porque sabía que se iría a bañar.

Él nunca se bañaba dentro de la ducha, siempre lo hacía en el patio, frente al tanque del lavadero, con el sol sobre sus hombros. Yo me iba detrás de él, me escondía detrás de la puerta y lo espiaba por el espacio que dejaban la visagras. El patio de mi casa tenía el piso lleno de grietas, como si debajo se arrastrara un animal capaz de levantar el piso. Las paredes tenían manchas negras, verdes y amarillas. Todo era baboso al contacto con el agua y en los rincones crecían pequeñas maticas que parecían esconderse de cualquier presencia.

Se bajaba la pantaloneta de un tirón al suelo y dejaba su verga al aire. Tupida. Morena como él. Llena de pelos muy largos. Sus testículos eran grandes y siempre se los estaba rascando. A veces al rascárselos se olía la punta de los dedos. Esto hacemos los machos, decía, y me acercaba los dedos a la nariz. Caminaba con sus nalgas duras despejando su camino de la ropa colgada en las cuerdas. Agarraba la taza plástica y con dos cocadas de agua se refrescaba. Buscaba la toalla, se la pasaba por todo el cuerpo con solo dos movimientos y se vestía con la pantaloneta de nuevo.

Yo corría a la sala para fingir que jugaba. Él se tiraba en el piso y, boca arriba, cerraba los ojos hasta quedarse dormido. Debajo de la pantaloneta, la verga comenzaba a hincharse, a llenarse de aire, señalándome. Entonces, me acostaba a su lado, ponía mi mano sobre aquella verga dura, la acariciaba y lo acompañaba en su sueño.

Beso de madera

En la finca he besado al perro, a las gallinas, al gato y al marrano. El hocico del perro huele a comida podrida. A la gallina solo le puedo dar picos. Un día le di un beso en el ojo. Al gato sí le pude besar la lengua pero era muy áspera. El marrano me correteó por todo el corral cuando intenté acercarme a él. Con el caballo ni lo intenté. Una vez que estaba cerca, me olió el cabello y me lo mordió. Me hizo llorar del dolor y me dejó sin pelo la coronilla.

Pero sigo practicando. En el patio hay un árbol de guayaba al que siempre me trepo para comerme las más maduras. Una tarde mientras espiaba al jinete, que cargaba unos bultos de maíz a un camión, vi que en el tallo había una protuberancia que tenía un hueco en el medio con forma de boca. Imaginé que esa era la boca del jinete tallada por Dios en el árbol de guayaba. La vi suave como la cáscara de un durazno. Primero me acerqué, y el olor a hierbas maceradas de doña Geo me atrapó. Puse mis labios sobre los labios de madera del jinete y lo besé. Sentía que su barba me raspaba, que me chocaba con la nariz y después sentía sus labios. Tan suaves. Tan firmes y delicados.

Su boca estaba reseca. Mi saliva no alcanzaba para disfrutar el beso. Me tocaba remojar los labios para volverlo a besar. Hasta que se me puso dura. El jinete abajo seguía trabajando mientras el sol lo azotaba con sus rayos. Sudó tanto que se quitó la camisa, la dobló en dos partes iguales y la exprimió con sus manos callosas. Cayeron al suelo chorros de agua. La sacudió y volvió a colocársela.

Busqué las ramas más firmes y me puse de pie sobre aquella cuerda floja. Me agarré de otra que caía encima de mí, me bajé el pantalón y metí mi verga dura entre los labios tallados del jinete. Mientras él, abajo, se limpiaba el sudor que le caía en la boca, yo, arriba, se la

culiaba. Me abracé al tronco y me dejé ir todo dentro de él. En el tercer empujón sentí un cosquilleo entre las piernas, seguido de un temblor difícil de controlar. Comencé a sudar por todo el cuerpo y, cuando quise vestirme, me di cuenta que desde abajo el jinete me observaba.

Se va a dar un tiestazo por estar culiándose ese palo, me gritó, mientras me hacía señas de que me bajara. Me dijo también que me culiara todo lo que quisiera en la finca, pero que tuviera cuidado, que si me caía del árbol podía romperme algún hueso. Que probara con los animales, especialmente cuando están en calor. Así fue como me hice hombre, me dijo mientras me subía a sus hombros y yo quedaba más alto que él.

El compañero de cuarto

Ojalá no esté. Quiero masturbarme mientras huelo su ropa interior. Al entrar, lo veo acostado en su cama sin camisa y con una pantaloneta muy corta que se le recoge dejando al descubierto sus piernas. Su olor a sudor inunda el cuarto y golpea mi cara.

En las mañanas, antes de salir a la universidad, lo veía en bóxers, recién bañado, y me temblaba todo el cuerpo. De inmediato la sangre se me subía a la cabeza y me bajaba al pene.

Me siento en mi cama y enciendo el computador. Solo nos separa un pequeño espacio en el que cabe uno a la vez. No hay escritorio, así que nos toca hacer las tareas en la cama. Hoy está más callado de lo normal.

Espero paciente el momento: él se concentra tanto en la pantalla de su computador que comienza a rascarse el bulto, a sobarse las piernas, a meterse la mano debajo de la pantaloneta. Comienza a subir, a bajar, a palpar, a tocarse como si estuviera solo en el mundo, mientras tanto yo ahí, aguantando la respiración para que mi corazón no retumbe en esas cuatro paredes tan pequeñas.

Yo estoy viendo eso que me he imaginado todo el día. De pronto, y porque debe cambiar de página o seguir bajando para ver más fotos en Facebook, saca su mano, se la lleva a la nariz. Respiramos profundo.

Yo me voy con esos olores dentro de su nariz para adherirme a las fosas nasales. Quiero tener los pulmones más grandes para seguir oliendo la punta de sus dedos, preguntarles en dónde estuvieron, qué vieron, y morirme de la envidia. Sé que si dejo de respirar, olvidaré de inmediato ese olor agrio que trae un día de sol en el llano.

No puedo dormir. Él respira profundo mientras su olor, su sexo, sus piernas peludas y su torso, que parecía tan suave, llenan la habitación. Me siento en su cama y veo cómo su verga tiesa como martillo pide a gritos que la saquen de ahí, que la acaricien, la besen, la huelan, en un suspiro de amor. Esa verga me pide amor.

Lo acaricio sobre el bóxer. Él gime sin despertarse y se relaja. Se lo bajo hasta las rodillas y una catapulta se dispara. Cae sobre su abdomen en un golpe seco. Está palpitante y tibia. Su cuerpo también está tieso como roca. Ella sube y baja sola, me llama como el gato de la suerte, quiere que la siga y me deguste.

Mi respiración y mi corazón se paralizan. Me arrodillo ante ese señor caído. Acumulo saliva en mi lengua y recorro un camino desconocido desde sus testículos, sudorosos y tibios, hasta la punta de la verga, que me recibe húmeda. Un quejido sale acompañado de un respiro profundo que me hace venir sobre las baldosas llenas de polvo.

Siento que pierdo el control de mi cuerpo. Mi respiración es fuerte. Mis oídos zumban. Rápido le subo el bóxer a medias. La punta de la verga queda por fuera y debajo las nalgas están descubiertas. Vuelvo a mi cama y caigo profundo.

A la mañana siguiente, en el desayuno, no me habla ni me mira a la cara. Horas más tarde me pide que saque mis cosas y que me vaya de la habitación.

A escondidas

Inyecto mis ojos en los suyos y tallo en mármol su pequeña sonrisa de satisfacción. Escucho el freno reseco de la bicicleta cuando llega a la entrada de la casa. Vístase rápido, parece, que llegó mi mamá, le digo mientras me subo el pantalón. Salga por acá y sígame la corriente. Me incorporo, pero él no. Sus piernas seguen abiertas sin entender qué pasa. Se guarda la verga todavía dura con una lentitud que me desespera.

Hola, ma, ¿cómo le fue? Las cejas de mi mamá se juntan. Entonces, cuando termine el libro se lo paso, ¿listo?, le digo al sin nombre, fingiendo tranquilidad. Ya me faltan pocas páginas. Le abro la puerta, conciente de que nunca más lo volveré a ver. Listo, sí, me parece, me dice él. Se aleja. Qué vergüenza. Así no se trata a un invitado. Pero, ¿qué vergüenza puedo sentir por un extraño?

Me paso la palma de la mano derecha por la nariz y respiro hondo. Espero que no sea lo que estoy pensando, Miguel, me dice mi mamá. ¿Quién era ese pelao? Le va subiendo el tono a su voz. Tengo el pulso a mil y la mirada perdida en el instante en que le bajé el pantalón a ese muchacho. Es un amigo, le digo, haciendo como si no pasa nada. Miro el suelo y disimuladamente me cubro el bulto. Todavía la tengo dura. ¿Amigo de dónde? Yo no lo conozco, dice desde la habitación, revisando el tendido de mi cama.

Me reviso el pantalón. De hace rato, ma. Me estiro la camisa para disimular. Vino por un libro del que hemos estado hablando y quiere leerlo. La estiro de nuevo y me doy cuenta de que no me cubre nada de lo que quiero tapar. La sentía palpitar. ¿Por qué estaban en el cuarto solos?, dice mientras vuelve a revisar la cama. Yo no dejé las almohadas así.

Me siento en la mesa para respirar. Remojo mis labios y mi lengua se acuerda de él. Mi verga se desliza suave dentro del bóxer. Ella no deja de dar vueltas, busca algo fuera de su lugar, algo anormal.

Mi pelo. Mis labios. Mi saliva. Mi camisa. Mi correa.

Porque tenía el libro en la mesa de noche, le digo sintiéndome seguro de mis palabras. Sale del cuarto, camina hacia la sala y entra al cuarto de nuevo. Mire cómo están robando casas, Miguel, dice renunciando a su búsqueda. Yo lo conozco, le insisto, concentrando mis ojos en la tele mientras ella camina resignada hacia la cocina. Traiga los plátanos que dejé en el canasto de la cicla, me ordena. Todavía no puedo levantarme de la silla. Ahora los llevo, ma. ¡Ya mismo!, me grita.

La paja de anoche

Me encanta lamer pelos. Los del pecho, las axilas, el abdomen, las piernas, los huevos y los que alcanzan a ser parte del pene. Me encanta lamerlos porque puedo imaginármelo a él en cualquier hombre. Desnudo, sudoroso, y con ese olor a macho que nunca he olido pero que me imagino, acostado y a merced de mi lengua, duro como llave inglesa que me suplica una caricia. Duro porque él es fuerte, suda mucho y es peludo como me gusta.

¿A qué huelen sus huevos? Al sudor que cae de su pecho y sus axilas y que le acaricia despacio su abdomen hasta llegar a la pelvis. Al amargo en su mano cuando, al caer la tarde, se quita la ropa mojada, la tira por todo el cuarto, entra a la ducha y, antes de dejar caer el agua, se los soba, los rasca y acaricia.

Tumbo al San Sebastián de hoy sobre mi cama que ha estado llena de hombres que no huelen a él, me acerco a sus huevos y los huelo. Los huelo bien para imaginarme su aroma, ese que me hace eyacular por cada inhalación. Me vengo y me convierto en metralleta que mata todo lo que tiene de frente, en pistola de agua, pero llena de aguardiente, que no falla y emborracha con cada tiro. Esos huevos huelen al hombre de mis sueños, al marido que nunca podré tocar, al amigo que no pude confundir. Huevos que huelen más rico que los de Colby Keller, que los de Henry Cavill, que los de James Dean ¡Ay, los huevos de James Dean!

Y le agarro esa verga fuerte y tibia como un Óscar vivo que palpita, siente e hipnotiza, que se resiste y me hala la mano. Yo lo halo también hacia mi boca y la beso porque me pide amor. Le lamo los huevos y los vellos cortos me parten la lengua. Los saboreo, saben a él. Cierro los ojos y saboreo de nuevo porque saben a él.

Porque quiero más, bajo y llego a ese centro entre los huevos y el culo en donde se esconde el hombre más tierno. El que se retuerce y cae de rodillas ante mi lengua húmeda. El que pide más, aunque después se arrepienta entre jadeos y suspiros. Huelo, entierro mi nariz, y ahora el macho más macho es quien blanquea los ojos y grita hijueputazos, el que domino y pide perdón a cambio de una mamada. El que se amarra los dedos en mi pelo y me empuja.

Me atraganto. No puedo respirar. Pero es que no quiero respirar, quiero estar ahí hasta que Jesús pise esta tierra de nuevo y me juzgue por llevarme a uno de sus hijos al infierno.

Refugio de madera

Hoy la ráfaga de balas se escuchó más temprano. Los adultos estaban en silencio absoluto, tirados debajo del comedor o en el pasillo que da a la sala, contemplando la muerte como a una amiga que se había tardado en llegar. Ya sabíamos a qué olía la tierra cuando estaba húmeda, seca o polvorosa. Conocíamos las rutas de las hormigas y adónde iba a parar la comida que caía al suelo. Sentíamos con placer ese viento frío que exhala la tierra y se calienta en su ascenso al techo, y nos habíamos acostumbrado a tener los codos y las rodillas llenas de costras violáceas por el mugre y la sangre cuando nos arrastrábamos.

Con el tiempo aprendimos a realizar las tareas más cotidianas en el suelo. Hoy mi tía se pintaba las uñas de rosado y mi mamá solo podía pensar en el caldo que prepararía con la montaña de pescado que había secado mi papá. Yo jugaba debajo de la cama con casquillos de bala y hacía planas para mejorar mi caligrafía. No podía salir a la calle hasta que hubiera silencio absoluto. Debía estar en casa, seguro, entre paredes de madera y piso de barro.

En el caserío había pocos niños que aprovechaban sus vacaciones de colegio para visitar a sus papás y acompañarlos mientras jugaban entre coccaleras y mucho sol. Recuerdo que Laura fue la primera niña que me gustó y siempre buscaba la manera de darle un beso. Ella tenía un hermano del doble de su edad, alto, flaco y muy masculino, que se la pasaba detrás de una de las muchachas que trabajaba en el único billar del caserío.

Una tarde, mientras jugaba con los niños y Laura, me subí al techo de un bus que había sido incendiado para autoproclamarme capitán de esa nave a la deriva. Desde allá vi a su hermano entrar a un baño con paredes de bolsa negra que se había llenado de agujeros por los enfrentamientos. Sin pensarlo, me lancé de la nave y corrí a ese baño sin que nadie me viera.

Dudando de lo que hacía, miré a través de uno de los rotos y vi cómo orinaba alguien más grande que yo. Vi también en lo que se convertiría mi pene en unos años. Fue la primera vez que me tembló el cuerpo.

En el suelo todo se veía más grande, más familiar, como si nos reconciliáramos con la tierra. La dejábamos de pisar y éramos uno con ella. Ya no sentíamos asco ni nos sacudíamos el polvo de la ropa, solo nos relajábamos y hablábamos del futuro.

Yo anhelaba que amaneciera para volver al río con mi papá y pescar nicuros con bolitas de promasa en la punta del anzuelo. Quería caminar tranquilo entre el monte para encontrar tortugas casi tan grandes como yo, jugar con Laura y trepar árboles con los niños. Esperaba a que saliera la noche para sentarme en la oscuridad a escuchar los grillos, hablar de cosas de adultos con el hermano de Laura y aplaudir mis manos contra mis piernas para matar zancudos.

Recuerdo el zumbido de las balas, la mano temblorosa de mi tía y sus uñas mal pintadas. A mi mamá más callada que piedra bajo el agua con la mirada perdida entre los huesos del pescado sobre el mesón. A las hormigas que rompían filas por cada bomba que hacía temblar el suelo, y a mi papá alzando la voz para ocultar el ruido de los fusiles.

–Mañana me acompaña a la finca de don Anselmo a ver si las matas están listas para raspar.

Con agua de río

El agua sujetaba fuerte cada vello de mi piel y me hacía volar entre diminutos peces grises. Al caer y hundirme en ella, me sentía suspendido en un tiempo en donde no había suficiente luz ni suficiente oscuridad. El agua me abrazaba y se hacía sentir como besos de pez que me acariciaba los pies, rozaba mis muslos, enfriaba mi entrepierna y me lamía la cara.

Me lanzaba con fuerza. Pies juntos y manos al pecho para llegar hasta lo más profundo. Y allí abajo permanecía hasta que mis pequeños pulmones me lo permitían. Hacia abajo solo se veía oscuridad, pero me sentía tranquilo cuando tocaba las piedras babosas con bordes finos que a veces me cortaban los dedos. Si miraba hacia arriba, era como estar sumergido en un plato de sancocho hecho con agua de río. Me sentía como un trozo de papa que está a la espera de la cuchara para ser rescatada. Yo era un pedazo de arracacha reservado para el final porque su sabor es desagradable. Desde donde estaba podía ver sobre mí el cucharón de plata que reflejaba mi cara y la ensanchaba, turbia y caliente, buscándome entre el plátano, la yuca y el pollo.

Cuando ya había puesto a prueba mis pulmones y sentía que me iban a ganar, el río me expulsaba de sus entrañas, ajeno a sus piedras y a los remolinos que todo desean y no devuelven nada. Miro hacia la orilla y veo a mi mamá con un plato en su mano, mientras escarba en una olla tan negra como sus ojos. Veo que se soltó el pelo crespo, crespo, crespo y que pelea contra las voces del río. Cuando me ve, grita mi nombre y su voz la arrastra el viento.

Busco entre una cosecha de cabezas que empiezan a emerger del agua con el pelo aplastado y no lo encuentro. Miro hacia el barranco y sigue allí, dudando si entrar, fingiendo

valentía, cubriéndose del sol con sus brazos cenizos y gruesos debido al trabajo que ha hecho en la finca desde su infancia, con las axilas tupidas de vello y un camino de pelos cortos debajo del ombligo. Su pantaloneta blanca, manchada del plátano que corta todos los días, está mojada y, a través de la tela transparente, puedo ver un calzoncillo verde y un bulto prominente. Pienso que es mejor esperar en el agua.

—Tío, láncese que no está corrientoso —le grito mientras floto. Muevo mis pies con fuerza y respiro hondo. En ese momento, se lanza sobre mí y me devuelve al fondo del río, esta vez oscuro y sin salida. Veo las manos de mi mamá que revuelven el sancocho con un cucharón mientras grita mi nombre.

Madremonte

En tacón, labial café y uñas verdes me abro paso para llegar al río. Recuerdo que antes había más árboles, menos parqueaderos y el ruido del agua era lo único que se escuchaba. Muchas cosas han cambiado en todos los años que me ausenté. Camino intentando no caerme entre las piedras calientes y la arena húmeda. Parezco un bebé que está aprendiendo a dar sus primeros pasos y me entristece pensar que ya olvidé caminar sobre un lugar que me vio crecer.

Hay poca gente. La mayoría se va a su casa antes de ver caer el sol. Algunos, al verme, creen que han visto un espanto. La madremonte, la madremonte, gritan los más pequeños y salen despavoridos a esconderse entre la maleza. Camino por la orilla del río porque a mi mamá le gustaba prender el fogón cerca al agua. Me mandaba a mí con un balde lleno de papas y yucas para que las lavara en medio de peces muy pequeños y transparentes. Me acerco a las fogatas con el corazón en la garganta creyendo ver a mi mamá y al resto de mi familia.

A esta hora el vestido ya no se siente tan ajustado, porque llevo usándolo todo el día. Tampoco me circula la sangre en los pies y mi cara es más polvo que maquillaje. Pero sé que están por aquí. Cada año era un ritual subirnos todos sobre la volqueta de mi tío con ollas, sillas y platos. Hasta los perros iban con nosotros. En el camino, las ramas de los árboles nos golpeaban desprevenidos y el viento fuerte nos dejaba el pelo revuelto y lleno de hojas.

Al llegar al río, lo primero que hacíamos era buscar un buen lugar. Con piedras grandes para sentarse, ramas muy altas de caña brava que dieran sombra y hasta algún árbol fuerte capaz de soportar una hamaca llena de niños. Bajábamos todo y nos instalábamos y hacíamos de ese espacio un nuevo hogar temporal. Los hombres amarraban carpas o polisombra para que el sol no nos quemara, llenaban el indio de agua y prendían el fogón,

mientras que las mujeres empezaban a pelar verduras y a matar las gallinas para el sancocho. Mis primos y yo, los niños, ayudábamos a desplumarlas. Mi madre las sumergía muertas en agua hirviendo, las mecía de un lado a otro y luego las colgaba en alguna rama fuerte. Nosotros esperábamos a que se enfriaran un poco y comenzábamos a arrancar plumas mojadas.

Llevo vestido verde de lentejuelas y una peluca rosada. Llevo una cartera y guantes con escarcha. Llevo el calor de esta tierra encendido en el pecho desde el día que me fui. Me acerco a otra fogata y, sin titubear, me paro firme y digo algo que ya no recuerdo. Al verme, mi tío escupe la cerveza al suelo y todos dejan de comer. Los engendros no son bienvenidos, dicen unos. El rarito de la familia viene a hacer show, dicen otros. Mamá, cuánta falta me ha hecho, digo yo, de frente, sin dejar de verla a los ojos.

¿Quién es ella?, dice uno de los niños, tal vez mi sobrino o un primo. Es su tía, le dice mi hermana. La madre monte es nuestra tía, gritan los niños, y se tiran felices sobre mí. Colocan sus manos sobre el vestido para sentir su textura. Me soban el pelo y cogen mi cartera para jugar. Los hombres, como mi tío y mis primos, comienzan a maldecir de dientes para adentro. Miran mal a mamá y levantan los brazos y tiran las botellas a la arena. Me siento sobre las piedras tibias y empiezo a ser consciente de lo agotada que estoy. Pierdo la mirada en la superficie del agua que refleja un débil resplandor del sol.

Nos vamos, escucho lejos. Esto no me lo voy a aguantar, usted verá como cría a sus hijos. Mi mamá se acerca con un plato de sancocho, se sienta a mi lado y me pide que coma, que está rico, que lo hizo con gallinas criollas. Yo le recibo y comienzo a comer. Hambrienta y sedienta me paso el sancocho de un sorbo. Ella baja hasta mis pies, me quita los tacones y con una taza comienza a lavarme los pies. Me duelen, me hierven de tanto caminar. ¿Cómo me le

va?, me dice mi mamá. Me soba con calma y me empieza a hablar. Arrime pa' la casa que allá tiene buena comida y su cuarto está intacto.

Me acomoda el cabello detrás de la oreja, levanta los tacones del suelo, me brinda su brazo para levantarme y caminamos despacio. La luz opaca de la luna se refleja en mis lentejuelas. Paso mi brazo sobre sus hombros asoleados y completo el abrazo para respirar hondo su pelo encenizado y su ropa ahumada.

Bibliografía

Almodóvar, A., García, E. (Productores) y Almodóvar, P. (Director). *Dolor y Gloria* [Película]. España: El Deseo.

Kristof, A. (2019). *Claus y Lucas*. Barcelona: Libros del Asteroide.

Mejía, A. (2018). *La naturaleza seguía propagándose en la oscuridad*. Bogotá: Editorial Planeta.

Menstrual, N. (2019). *Continuadísimo*. Argentina: Editores Ignorantes.

Müller, H. (2019). *En tierras bajas*. Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial.

Negrón, L. (2019). *Mundo cruel*. Bogotá: Laguna Libros

Restrepo, J. (2016). *La corriente*. Medellín: Angosta Editores.